

Prólogo

LAS FOTOGRAFÍAS NOS LEEN

En *Retratos de una obsesión*, una rara película de Mark Romanek, el personaje principal, que trabaja en un establecimiento de revelado de fotografías, hace una observación curiosa:

—La gente sólo fotografía los momentos felices.

Es cierto. Cuando repasamos el álbum familiar vemos reflejados en él todos los grandes acontecimientos familiares (bautizos, comuniones, bodas, viajes, aniversarios...), excepto la muerte. Seguramente, nos chocaría ver en la sala de un tanatorio a un grupo familiar retratándose tristemente junto al cadáver. Lo malo, en el álbum, sólo aparece como ausencia. Así, cuando al contemplar una foto antigua de papá y mamá comentas que papá tiene mala cara, alguien te explica que la abuela había muerto la semana anterior. No hay fotografías de la abuela muerta, ni de su entierro, ni siquiera de sus funerales, pero su pérdida ha dejado una huella en la re-

PRÓLOGO

presentación fotográfica de la realidad familiar. La obsesión del álbum familiar por reflejar sólo lo bueno llega al extremo de que en ocasiones algunas fotografías aparecen rotas por la mitad, pues no es raro que expulsemos violentamente de la colección a quienes han salido de mala manera de nuestras vidas.

Las fotografías de la prensa diaria forman parte del álbum de familia de una sociedad. Al repasarlas, nos reconocemos en ellas y hacemos comentarios semejantes a los que se efectúan frente a las páginas del álbum familiar. Mira qué joven está aquí Alfonso Guerra o qué desmejorado está Fraga. Esta foto es de cuando el golpe del 23 F. Y este señor, comentas a los más jóvenes, era un general, Gutiérrez Mellado, que no se arrodilló cuando Tejero sacó la pistola. Fue el único, con Suárez y Carrillo, que permaneció sentado en su escaño. Y estas otras imágenes son de cuando un avión de Iberia chocó en las pistas del aeropuerto de Barajas con uno de Aviaco. Fue un horror. Aquí aparece el Rey en la División Acorazada Brunete... La única diferencia entre el álbum colectivo y el familiar, es que en el colectivo sí aparecen los sucesos desgraciados. Es más, con frecuencia, se prefieren a los felices.

PRÓLOGO

Pero entre las semejanzas, quizá la más inquietante es la constatación de que tanto las fotografías privadas como las colectivas nos miran. Nos mira desde el álbum familiar el hermano de papá que se colgó de una viga, y nos mira desde la página del periódico el político que acaba de ganar o de perder las elecciones. Las fotografías que quedan en la memoria colectiva, se incorporan a ese álbum familiar intangible que cuenta la historia de un país o de una época.

La fotografía se ocupa, en el periódico, de la comunicación no verbal, que a estas alturas ya sabemos que es tan importante como la verbal. Del mismo modo que en la vida subrayamos, matizamos o desmentimos con el gesto lo que expresamos con la boca, en el periódico la foto buena (en el sentido de pertinente) puede transmitir una información que desmienta matice o subraye lo que afirma la noticia escrita. La foto no es una mera mancha para descansar la vista; es información pura y dura y con el tiempo, como demuestran algunas de las que hay dentro de este libro, se convierten en iconos de una época. Lo que nos desconcierta de la foto del álbum colectivo, es decir, de la fotografía de prensa, es

PRÓLOGO

que, a diferencia del texto del periódico, que por lo general es pasivo en el sentido de que se limita a dejarse leer, la fotografía nos lee. Una vez que nos sentimos leídos es muy difícil no responder de algún modo a esa «intromisión». Los textos que ilustran cada una de estas fotografías, publicados en el diario *El País* a lo largo del mes de agosto de 2004, son mi respuesta a ese sentimiento.

JUAN JOSÉ MILLÁS.



AP-RADIAL PRESS

RECEPTORES DEL SABOR

Los niños de la foto no son norteamericanos, sino rusos. Y no están en Estados Unidos, sino en Tbilisi (Georgia). Para que vea usted lo que engaña el ojo y lo que miente la lógica. ¿Pero por qué son obesos al modo americano? Pues porque ya hace mucho tiempo que se ha caído el Telón de Acero, hombre de Dios, y las grasas circulan con la misma libertad que las ideas. Dirá usted que las grasas y las ideas circulan, sí, pero en una sola dirección, porque está por ver que confundamos a un niño norteamericano con uno ruso. De acuerdo, pero es que es más fácil exportar el modelo Pirelli que el modelo Tolstoi, para el que apenas hay demanda comercial.

La fotografía iba acompañada de un texto muy sugerente acerca de los esfuerzos que están llevando a cabo las empresas de alimentación para fabricar productos salados sin sal, azucarados sin azúcar y grasos

sin grasa. Por lo visto, la lengua está llena de receptores de sabor que rechazan todo lo que no engorda, porque el cuerpo es por naturaleza imperialista y tiende a crecer para invadir y anexar los espacios libres u ocupados por el señor que tenemos al lado en el cine. Eso es bueno desde el punto de vista de la expansión territorial, pero malo desde el de la salud.

Por eso mismo los laboratorios están experimentando con unas sustancias que bloquean la capacidad de las papilas gustativas para detectar los sabores desagradables de los alimentos que adelgazan o, en su caso, hacerlos pasar por los sabores excitantes de los que engordan. Dirán ustedes que cómo soy capaz de acordarme de un artículo tan antiguo, pero es que acababa de volver de la playa y me pregunté, al leerlo, si no sería posible manipular el mes de septiembre para que tuviera el sabor de agosto y hacer más llevadero el estrés posvacacional. Aunque luego pensé que no, que es mejor que cada cosa tenga su sabor y Dios el de todas. Precisamente, este año me he traído a la playa el *Quijote*, con perdón, para ir preparando el cuarto centenario, y no quiero ni pensar que lo hubieran manipulado

de tal modo que me supiera a una novela del Oeste. Cuando me apetece una novela del Oeste, leo una novela del Oeste, aunque tenga más grasas que toda la obra de Cervantes. Puedo permitírmelo porque tengo el colesterol bajo (y lo digo sin pudor porque carece de mérito: es genético).

A lo que íbamos: que mientras las grasas circulen en una sola dirección, estamos perdidos, porque la grasa única es el vehículo del pensamiento único, como demuestra el rostro abotargado de los críos de la foto. O sea, que durante las vacaciones, aunque no se prive usted de nada, excluya de su horizonte gastronómico la hamburguesa al objeto de variar la dieta de pensamiento unilateral dispersa en la carne picada. Eso sí, entre paella y paella métase en el cuerpo un Tolstoi para contrarrestar el colesterol malo.



AP-RADIAL PRESS

RESISTENCIA DE MATERIALES

El hombre y la niña de la foto, padre e hija, no están sólo frente a los escombros de un edificio, sino frente a las ruinas de su vida. Aunque no se nota a simple vista, es domingo, seguramente domingo por la tarde, así que cuando el hombre y la niña miran alrededor, ven, junto a los restos de lo que hasta hace un instante era su casa, los escombros de un domingo cuyas horas son ya meros cascotes, y sus minutos, polvo, ese polvo que queda suspendido en el aire tras las demoliciones y que se pega a la garganta como un excipiente del miedo.

De aquí a que se haga de noche, el hombre y la niña deambularán entre las horas como por entre los restos de una ciudad rota, cuidando de colocar el pie en el sitio adecuado para evitar desprendimientos.

Pero si miran hacia dentro de sí mismos, tampoco encuentran otra cosa que materiales de derribo. Podrán desescombrar el solar, quizá ya lo hayan hecho, pero el

hombre y la niña necesitarían siete vidas para despejar de su memoria los desechos emocionales en que han quedado convertidas sus camas, sus cepillos de dientes, sus sillas, sus cuadernos, sus días de la semana con sus noches y sus madrugadas. Lo han perdido todo, menos los brazos y las manos, que utilizan para levantar un edificio de dos cuerpos adosados capaz de resistir las cantidades insólitas de desamparo que expresan sus ojos y sus bocas. Esta foto debería estudiarse en las escuelas de arquitectura, quizá en el apartado sobre la resistencia de materiales.

Observen la combinación moral que forman los brazos de ella alrededor del cuello de su padre, y los del padre alrededor del cuerpo de su hija, y multiplíquenla por ciento cincuenta, porque tal era el número de personas que, agrupadas en veintiocho familias, vivían en ese bloque de siete plantas de la ciudad de Nablús, en Palestina.

Un día llegaron los soldados israelíes y ordenaron salir a todo el mundo con los brazos en alto. Luego entraron en el edificio con perros rastreadores que detectaron una presencia humana en el hueco del ascensor.

Eliminaron al hombre—un supuesto terrorista—y a continuación dinamitaron el edificio porque sí, para amortizar el desplazamiento. Los autores del atentado no fueron detenidos ni puestos a disposición judicial porque contaban, además de con la complacencia terrorista de su Gobierno, con la complicidad de la comunidad internacional, que tolera, cuando no alienta, este tipo de acciones que ha dejado sin casas a más de diez mil personas en los últimos años.

Así que continúen ustedes multiplicando el número de brazos y de bocas y de ojos que se encuentran en una situación semejante a la de los protagonistas de esta fotografía. Sumen la cantidad de intemperie aportada por cada uno de esos cuerpos al orden internacional y comprenderán la expresión «campo de refugiados» que tanto sale en los telediarios, pero que tan poco nos conmueve.